

## **Proyectar y expresar: nuestra comunidad también toma la palabra**

22. La iniciación cristiana es tarea de toda la comunidad. El concepto de iniciación en sus categorías antropológicas y religiosas habla de un protagonismo de la comunidad y de una interacción entre comunidad que inicia y persona que es iniciada. Toda iniciación impacta y transforma a la comunidad y a la persona. Es una acción de doble vía. Hemos de superar las miradas de metas individualistas en la práctica actual de la iniciación cristiana. Toda comunidad cristiana ha de considerarse y configurarse como comunidad de iniciados y comunidad que inicia.

24. Ello hace urgente pasar de acciones aisladas a una pastoral orgánica que, evitando duplicidades, articule carismas y ministerios, con criterios misioneros compartidos (opción por los pobres, periferias, primeros anuncios). La integración de las pastorales sirve efectivamente a la iniciación y permite que toda la comunidad acompañe el crecimiento de nuevos discípulos misioneros, acompañando procesos de conversión, de pertenencia y de misión.

25. La práctica efectiva de la iniciación demanda convertirla en un auténtico “laboratorio de diálogo y de sinodalidad”, como propone el Directorio para la Catequesis (2020), un espacio donde se experimente, se discierna, se dialogue y se camine juntos. Solo una catequesis-laboratorio puede suscitar procesos mistagógicos que conduzcan a una adhesión viva a Cristo, respetando el ritmo de cada persona y favoreciendo itinerarios personalizados y comunitarios.

29. La iniciación como laboratorio sinodal, además de acompañar las distintas edades, ha de suscitar y abrirse a caminos intergeneracionales en los que todos los sujetos eclesiales, en sus ministerios, carismas, edades, sean escuchados, aprendan unos de otros, se enriquezcan de su vivencia espiritual. Estos espacios de encuentro favorecen un aprendizaje mutuo, donde la experiencia y la sabiduría de unos se entrelazan con la creatividad y el impulso de otros, generando una comunidad que se enriquece recíprocamente en su vivencia espiritual. Así, la iniciación se convierte en una escuela permanente de comunión y misión, donde cada miembro aporta y recibe, fortaleciendo el testimonio eclesial en medio del mundo.

30. Del mismo modo, también la iniciación cristiana ha de generar espacios de aprendizajes entre aquellos que se están iniciando en distintas diócesis, parroquias, contextos, favorecidos en el mismo territorio o contextos digitales, así se supera la mirada parroquialista y se asume la mirada de la Iglesia diocesana y universal.